

Pesado y árido

Del patrón-Estado al Estado-patrón. La agencia campesina en las narrativas de la reforma agraria en Nariño

SORAYA MAITE YIE GARZÓN

Pontificia Universidad Javeriana /
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2015, 310 pp.

EN LA investigación existen dos fases distintas, aunque complementarias: el proceso de investigación y el proceso de exposición. La primera fase involucra las cuestiones atinentes a la teoría, la práctica, las técnicas y los métodos que permiten abordar una cuestión, y la segunda alude a la presentación pública de los resultados para los lectores. Es posible que un buen proceso de investigación se anule al presentar sus resultados, es decir, que la exposición sea confusa, poco clara, árida o ilegible. Eso es lo que ha sucedido con el libro que comentamos, que versa sobre los relatos construidos en torno a la reforma agraria realizada en Bomboná (departamento de Nariño), al comenzar la década de 1960.

El tema es interesante y llamativo y la autora lo conoce a fondo, porque leyó la literatura básica de Colombia y de otros lugares de América Latina, y porque efectuó un intenso trabajo de campo en el cual se destacan las entrevistas realizadas a pobladores de la región estudiada. Sin embargo, ese esfuerzo se despilfarra por el carácter farragoso de la exposición, sobre todo de la introducción teórica (pp. 23-60). En la misma se plantean asuntos novedosos que deberían ser llamativos, como los relativos a la noción de hegemonía y al papel de las diversas narrativas; pero el relato es denso y poco atractivo, en gran medida por las influencias de la jerga poscolonial y subalternista, que en este caso en lugar de ayudar complicaron la síntesis textual de manera innecesaria. Esa introducción podría haberse resumido de manera clara en dos o tres páginas, y así evitarle al lector ese trago amargo. Para completar, y como muestra de una erudición supérflua, en gran parte del texto se escribe un libro paralelo a pie de página con notas interminables que hacen más pesada su lectura.

Los tres primeros capítulos del libro, dedicado cada uno de ellos a un tipo de relato sobre la reforma agraria (el de los asesores del Estado, el de los patronos y el de los campesinos), son muy desiguales, ya que por momentos parece clarificarse la exposición, pero súbitamente se realizan giros teóricos innecesarios que rompen el hilo conductor de la exposición. Además, esos giros teóricos enredan y, en algunos momentos, terminan siendo trivialidades que se podrían expresar en forma directa, sin tantas vueltas; pero se abordan con una jerga insufrible, por lo demás propia de cierto tipo de saberes universitarios, cuyo objetivo parece ser el de hablarles solamente a los miembros de las tribus académicas. Un solo ejemplo, aparece como epígrafe (p. 225) y como cita para cerrar el libro (p. 263) esta confusa afirmación de Homi Bhabha: “El efecto del mimetismo sobre el discurso colonial es profundo y perturbador. Pues al ‘normalizar’ el Estado o sujeto colonial, el sueño de la civilidad posiluminista aliena su propio lenguaje de libertad y produce otro saber sobre sus normas”. Qué pena pero, ignorantes que somos, ¿qué se quiere decir con ese galimatías?

Del primer capítulo se rescata, en medio de la confusión expositiva, la crítica a los ideólogos liberales y oficiales de la reforma agraria que presentan al Estado como el nuevo libertador (continuador de la Campaña Libertadora de la Independencia, por aquello de la batalla de Bomboná en 1822). Lo llamativo es que esos ideólogos liberales eran Orlando Fals Borda, Víctor Daniel Bonilla y Milcíades Chaves, si recordamos que, poco después, los dos primeros van a ser conocidos por sus trayectorias de izquierda. Pero es bueno evocar ese pasado liberal, cuando esos intelectuales se convirtieron —como funcionarios de gobiernos del Frente Nacional que eran— en impulsores de la reforma agraria y en defensores de la modernización del campesinado, para lo cual fueron difusores de una cierta narrativa estatal, que enaltecía la modernización con la justificación de combatir el atraso de los campesinos.

El segundo capítulo se centra en la narrativa de las hacendadas (mujeres patronas) y en la percepción que sobre

estas tienen los antiguos trabajadores de la hacienda de Bomboná antes de 1959, que llevan a la autora a concluir que, pese a las formas de dominación, los campesinos ponen en juego sus propios intereses en las relaciones con sus antiguos patronos. “En los tiempos de antes”, como se titula el capítulo, quiere dar a entender que las transformaciones que van a experimentar los agregados de la hacienda de Bomboná suponen un trauma y una ruptura, que los llevan a ver con nostalgia las costumbres existentes dentro de la hacienda, pues las perciben como una pérdida.

El tercer capítulo se basa en la narrativa de los “chusmeros”, los trabajadores de la hacienda que se insubordinan y que son calificados como un “peligro comunista” por los hacendados, por gran parte del clero católico y por los voceros de la prensa conservadora. Partiendo de una trivialidad, que “como recuerda Gérard Genette, toda historia nos habla de una transformación, ‘del paso de un estado anterior a un estado posterior o resultante’, a lo cual agregaría, y de los sucesos y/o acciones que nos permiten explicarla y sopesar sus consecuencias” (p. 170), la autora explica la manera como los campesinos se organizaron y crearon el Sindicato de Agricultores de Consacá Siete de Abril, el cual genera una narrativa distinta a la narrativa oficial del Estado. Se destaca acá la idea de que los campesinos no son sujetos pasivos sino activos, y que no son solamente objetos de las políticas que impulsa el Estado; por eso construyen otra narrativa que recalca la importancia de la movilización campesina, que no aparece ni como un resultado ni una dádiva del Estado.

El cuarto capítulo está dedicado a hacer un balance del impacto de la reforma agraria desde el punto de vista de uno de sus objetivos centrales, cual era convertir a los indios en ciudadanos, un viejo sueño liberal decimonónico, que revivió en Nariño en pleno siglo XX. En ese sentido, no se trataba solamente de repartir la tierra, en forma restringida por lo demás, sino de transformar social y culturalmente al campesino, para que se convirtiera en un sujeto liberal moderno. En términos políticos y

económicos se trataba de hacer que los campesinos se transformaran en empresarios capitalistas, siguiendo un poco la lógica de la historia agraria de los Estados Unidos y del poder de los pequeños granjeros (los *farmers*), como lo expresó Orlando Fals Borda (formado académicamente en los Estados Unidos): “(...) Nariño ofrece al estudioso de los procesos sociales una interesante superposición de ethos y de concepciones de vida. Por una parte, subsiste el ánimo tradicional del campesino sumiso, resignado a su suerte; por otra, empieza a aparecer el empresario con iniciativas que están promoviendo importantes cambios en la técnica” (citado, p. 236).

Nuevamente, se detalla en esta parte el rol que juegan los intelectuales mencionados, en su esfuerzo, de tipo liberal, por legitimar la idea de que se estaba pasando de la esclavitud a la libertad, del “feudalismo” a la modernización, y del peonazgo a la ciudadanía, en breve, del atraso a la civilización. En síntesis, se pretendió reformar a la gente y sustituir al hacendado como patrón, por un nuevo patrón: el Estado. Esto suponía, y lo subraya la autora, que tras la promesa de libertad se impusieron nuevas modalidades de opresión.

Lamentablemente, análisis tan interesantes y sugestivos como los que plantea y propone la autora resultan perdidos en medio de una enmarañada jerga académica, la cual habría podido ser depurada, si se quisiera que este libro les llegara a los subalternos de Nariño, a quienes poco debe atraer, por su árido estilo, un escrito tan innecesariamente complicado.

Renán Vega Cantor

Profesor

Universidad Pedagógica Nacional